

# L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL  EN LENGUA ESPAÑOLA

*Unicuique suum Non praevalent*

Año L, número 9 (2.556)

Ciudad del Vaticano

2 de marzo de 2018



La Cruz  
fue el  
primer  
altar  
cristiano

En el Ángelus sentido llamamiento para que en Siria cesen las hostilidades y sea posible la ayuda humanitaria

## Violencia inhumana

*Un «sentido llamamiento para que cese inmediatamente la violencia, se dé acceso a las ayudas humanitarias —comida y medicinas— y se evacúe a los heridos y a los enfermos» fue lanzado por el Papa al finalizar el Ángelus del domingo 25 de febrero. Antes de la oración mariana recitada con los fieles en la plaza San Pedro, el Pontífice había comentado el episodio evangélico de la transfiguración narrado por Marcos (9, 2-10)*

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio hoy, segundo domingo de Cuaresma, nos invita a contemplar la transfiguración de Jesús (cf. Marcos 9, 2-10).

Este episodio está ligado a lo que sucedió seis días antes, cuando Jesús había desvelado a sus discípulos que en Jerusalén debería

Jesús toma consigo a los tres discípulos Pedro, Santiago y Juan y «los lleva, a ellos solos, a parte, a un monte alto» (Marcos 9, 2); y allí, por un momento, les muestra su gloria, gloria de Hijo de Dios.

Este evento de la transfiguración permite así a los discípulos afrontar la pasión de Jesús de un modo positivo, sin ser arrastrados. Lo vieron como será después de la pasión, glorioso.

Y así Jesús les prepara para la prueba. La transfiguración ayuda a los discípulos, y también a nosotros, a entender que la pasión de Cristo es un misterio de sufrimiento, pero es sobre todo un regalo de amor, de amor infinito por parte de Jesús.

El evento de Jesús transfigurándose sobre el monte nos hace entender mejor también su resurrección. Para entender el misterio de

*Concluido el Ángelus, el Pontífice invitó a los fieles a rezar por Siria y saludó a algunos grupos de peregrinos presentes.*

Queridos hermanos y hermanas:

En estos días mi pensamiento está a menudo dirigido a la amada y martirizada Siria, donde la guerra se ha intensificado, especialmente en Guta oriental. Este mes de febrero ha sido uno de los más violentos en seis años de conflicto: centenares, millares de víctimas civiles, niños, mujeres, ancianos; los hospitales han sido golpeados; la gente no puede procurarse comida... Hermanos y hermanas, todo esto es inhumano. No se puede combatir el mal con otro mal. Y la guerra es un mal. Por lo tanto, dirijo mi sentido llamamiento para que cese inmediatamente la violencia, se dé acceso a las ayu-



«sufrir mucho y ser reprobado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, ser matado y resucitado a los tres días» (Marcos 8, 31).

Este anuncio había puesto en crisis a Pedro y a todo el grupo de discípulos, que rechazaban la idea de que Jesús terminara rechazado por los jefes del pueblo y después matado.

Ellos, de hecho, esperaban a un Mesías poderoso, fuerte, dominador; en cambio, Jesús se presenta como humilde, como manso, siervo de Dios, siervo de los hombres, que deberá entregar su vida en sacrificio, pasando por el camino de la persecución, del sufrimiento y de la muerte.

Pero, ¿cómo poder seguir a un Maestro y Mesías cuya vivencia terrenal terminaría de ese modo? Así pensaban ellos. Y la respuesta llega precisamente de la transfiguración. ¿Qué es la transfiguración de Jesús? Es una aparición pascal anticipada.

la cruz es necesario saber con antelación que el que sufre y que es glorificado no es solamente un hombre, sino el Hijo de Dios, que con su amor fiel hasta la muerte nos ha salvado. El padre renueva así su declaración mesiánica sobre el Hijo, ya hecha en la orilla del Jordán después del bautismo y exhorta: «Escuchadle» (v. 7).

Los discípulos están llamados a seguir al Maestro con confianza, con esperanza, a pesar de su muerte; la divinidad de Jesús debe manifestarse precisamente en la cruz, precisamente en su morir «de aquel modo», tanto que el evangelista Marcos pone en la boca del centurión la profesión de fe: «Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios» (15, 39). Nos dirigimos ahora en oración a la Virgen María, la criatura humana transfigurada interiormente por la gracia de Cristo. Nos encomendamos confiados a su maternal ayuda para proseguir con fe y generosidad el camino de la Cuaresma.

das humanitarias —comida y medicinas— y se evacúe a los heridos y a los enfermos. Pidamos juntos a Dios que esto suceda inmediatamente. [Pausa de silencio]

Dios te salve María...

Os dirijo un cordial saludo a todos vosotros peregrinos de Roma, de Italia y de diversos países, en particular a los que vienen de Spis, en Eslovaquia. Saludo a los representantes de la cadena de televisión diocesana de Prato con su obispo, los jóvenes de la orquesta Oppido Mamertina y los scout de Génova. Saludo a los confirmandos y a los muchachos de la profesión de fe de Serravalle Scrivia, Verdellino, Zingonia, Lodi, Renate y Verduggio. Saludo al grupo que ha venido con motivo del «Día de las enfermedades raras», con un estímulo a las asociaciones que trabajan en este campo.

Gracias. Gracias por lo que hacéis. A todos os deseo un buen domingo. No os olvidéis de rezar por mí. Buen almuerzo ¡y hasta pronto!

### L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA  
*Unicumque suum Non praevaldunt*

Ciudad del Vaticano  
ed.espanola@ossrom.va  
www.osservatoreromano.va

GIOVANNI MARIA VIAN  
director

Giuseppe Fiorentino  
subdirector  
Silvina Pérez  
jefe de la edición

Redacción  
vía del Pellegrino, 00120 Ciudad del Vaticano  
teléfono 39 06 698 99410

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE  
L'OSSERVATORE ROMANO

don Sergio Pellini S.D.B.  
director general  
Servicio fotográfico  
photo@ossrom.va

Publicidad: Il Sole 24 Ore S.p.A.  
System Comunicazione Pubblicitaria  
Via Monte Rosa 91, 20149 Milano  
segreteria@direzione.system@ilsole24ore.com

Tarifas de suscripción: Italia - Vaticano: € 58,00; Europa (España + IVA): € 100,00 - \$ 148,00; América Latina, África, Asia: € 110,00 - \$ 160,00; América del Norte, Oceanía: € 162,00 - \$ 240,00. Administración: 00120 Ciudad del Vaticano, teléfono + 39 06 698 99 480, fax + 39 06 698 85 164, e-mail: suscripciones@ossrom.va.

En México: Arquidiócesis primada de México. Dirección de Comunicación Social. San Juan de Dios, 222-C. Col. Villa Lázaro Cárdenas. CP 14370. Del. Tlalpan. México, D.F.; teléfono + 52 55 2652 99 55; fax + 52 55 2618 75 32; e-mail: suscripciones@semanariovaticano.mx.  
En Perú: Editorial salesiana, Avenida Brasil 220, Lima 5, Perú; teléfono + 51 42 337 82; fax + 51 431 67 82; e-mail: editorial@salesianos.edu.pe.

Misa del Papa en la parroquia romana de San Gelasio

## Lo que nos espera

*En la tarde del 25 de febrero, el Papa se dirigió en visita pastoral a la parroquia romana de San Gelasio. Durante la celebración de la misa en la iglesia parroquial, el Pontífice comentó en la homilía las lecturas del segundo domingo de Cuaresma (Génesis 22, 1-2.9.10-13.15-18, Romanos 8, 31-34 y Marcos 9, 2-10).*

Jesús se deja ver a los Apóstoles como es en el cielo: glorioso, luminoso, triunfante, vencedor. Y esto lo hace para prepararles a soportar la Pasión, el escándalo de la cruz, porque ellos no podían entender que Jesús hubiera muerto como un criminal, no podían entenderlo.

Ellos pensaban que Jesús fuera un libertador, pero como son los libertadores terrenales, los que ganan en la batalla, los que son siempre triunfadores. Y el camino de Jesús es otro: Jesús triunfa a través de la humillación, la humillación de la cruz. Pero puesto que esto hubiera sido un escándalo para ellos, Jesús les hace ver lo que viene después, lo que hay después de la cruz, lo que nos espera a todos nosotros. Esta gloria y este cielo.

¡Y eso es muy hermoso! Es muy hermoso porque Jesús —y esto escuchadlo bien— nos prepara siempre para la prueba. En un modo o en otro, pero este es el mensaje: nos prepara siempre. Nos da la fuerza para ir adelante en los momentos de prueba y vencerlos con su fuerza.

Jesús no nos deja solos en las pruebas de la vida: siempre nos prepara, nos ayuda, como ha preparado a estos [los discípulos], con la visión de su gloria. Y así ellos después recordaron esto [el momento] para soportar el peso de la humillación.

Esto es lo primero que nos enseña la Iglesia: Jesús nos prepara siempre para las pruebas y en las pruebas está con nosotros, no nos deja solos. Nunca. Lo segundo, podemos tomarlo de las palabras de Dios: «Este es mi Hijo, el amado. Escuchadle». Este es el mensaje que el Padre da a los Apóstoles. El mensaje de Jesús es prepararlos, haciéndoles ver su gloria; el mensaje del Padre es: «Escuchadle». No hay un momento en la vida que no se pueda vivir plenamente escuchando a Jesús. En los momentos hermosos, deteneos y escuchad a Jesús; en los momentos malos, deteneos y escuchad a Jesús. Este es el camino. Él nos dirá lo que tenemos que hacer. Siempre. Y vamos adelante en esta Cuaresma con estas dos cosas: en las pruebas, recordad la gloria de Jesús, es decir, lo que nos espera; que Jesús está presente siempre, con esa gloria para darnos fuerza.

Y durante toda la vida, escuchad a Jesús, lo que nos dice Jesús: en el Evangelio, en la liturgia, siempre nos habla; o en el corazón.

En la vida cotidiana, tal vez tengamos problemas, o tengamos que resolver muchas cosas. Hagámonos esta pregunta: ¿Qué nos dice Jesús hoy? Y busquemos escuchar la voz de Jesús, la inspiración desde dentro. Y así seguimos el consejo del Padre: «Este es mi Hijo, el amado. Escuchadle». Será la Virgen la que te dé el segundo consejo en Caná,



en Galilea, cuando se produce el milagro del agua [trasformada] en vino. ¿Qué dice la Virgen? «Haced lo que Él diga». Escuchar a Jesús y hacer lo que Él dice: este es el camino seguro. Ir adelante con el recuerdo de la gloria de Jesús, con este consejo: escuchar a Jesús y hacer lo que Él nos dice.

*Antes de regresar al Vaticano, saludó a los fieles que estaban reunidos fuera de la parroquia:*

Estoy pensando en algo: abrir una parroquia en el Polo Norte, y voso-

tros que habéis pasado tanto frío podéis ir allí para hacer la parroquia... ¿Qué decís? ¿Os gusta? Gracias, gracias por quedaros aquí, al frío.

Muchas gracias por haber venido. Gracias por vuestra acogida y por vuestra bondad. Que el Señor os bendiga tanto. Y me gustaría daros la bendición ahora. Recemos los unos por los otros, por todas las familias de la parroquia, por los sacerdotes, por todos los que trabajan aquí y por todos los fieles y los no fieles. [Bendición] Y por favor, os pido que recéis por mí, no os olvidéis. ¡Gracias! ¡Gracias!

## La Iglesia no es una jaula para el Espíritu

*Concluyeron, el viernes 23 de febrero por la mañana, los ejercicios espirituales del Papa Francisco y la Curia Romana. Al finalizar la última meditación propuesta por el sacerdote portugués José Tolentino de Mendonça, en la capilla de la casa Divin Maestro de los religiosos paulinos en Ariccia, el Pontífice quiso agradecer al predicador con las siguientes palabras:*

Padre, quisiera agradecerle, en nombre de todos, por este acompañamiento en estos días, que hoy se prolongarán con la jornada de ayuno y oración por Sudán del Sur, el Congo y también Siria. Gracias, padre, por habernos hablado de la Iglesia, por habernos hecho sentir la Iglesia, este pequeño rebaño. ¡Y también por habernos advertido de no «encogerlo» con nuestras mundanidades burocráticas! Gracias por habernos recordado que la Iglesia no es una jaula para el Espíritu Santo, que el Espíritu vuela también fuera y trabaja fuera. Y con las citas y las cosas que él nos ha dicho nos ha hecho ver cómo trabaja en nosotros creyentes, en los «paganos», en las personas de otras confesiones religiosas: es universal, es el Espíritu de Dios, que es para todos. También hoy hay «Cornelios» y «centuriones», «guardianes de la cárcel de Pedro» que viven una búsqueda interior o también saben distinguir cuando hay algo que llama. Gracias por esa llamada a abrirnos sin miedo, sin rigidez, por ser blandos en el Espíritu y no momificarnos en nuestras estructuras que nos cierran. Gracias, padre. Y continúe rezando por nosotros. Como decía la madre superiora a las hermanas: «¡Somos hombres!», pecadores, todos.

Gracias, padre. Y que el Señor le bendiga.

## Concluye la reunión del C9

El estatuto teológico de las Conferencias episcopales, los recursos humanos y la contención de los costes de la Santa Sede, la protección de los menores: han sido estos los temas principales afrontados en la 23ª reunión de los cardenales consejeros con el Papa Francisco, que tuvo lugar del 26 al 28 de febrero. Lo indicó el director de la oficina de prensa, Greg Burke, durante una sesión informativa que se realizó en la mañana del 28 de febrero. En los tres días de trabajo estuvieron presentes todos los miembros del Consejo excepto el cardenal Pell; mientras que el cardenal Monsengwo Pasinya llegó el lunes por la noche por la cancelación de su vuelo por el mal tiempo. El Pontífice se ausentó el miércoles por la mañana por la audiencia general. Las sesiones se celebraron de 9 de la mañana a 12.30 y por la tarde de 16.30 a 19. Diversos temas afrontados. Además, los cardenales profundizaron sobre el Dicasterio para el servicio del desarrollo humano integral y sobre la Congregación para las Iglesias orientales y para la evangelización de los pueblos.

La reflexión sobre el primer tema inició por el n.º 2 de *Evangelii gaudium*: «No se ha explicitado suficientemente un estatuto de las Conferencias episcopales que las conciba como sujetos de atribuciones concretas, incluyendo también alguna auténtica autoridad doctrinal. Una excesiva centralización, más que ayudar, complica la vida de la Iglesia y su dinámica misionera». Se trata de releer el motu proprio *Apostolos suos* en el espíritu de sana descentralización de la que habla a menudo el Papa, reiterando que siempre es él quien custodia la unidad en la Iglesia.

Los purpurados escucharon al arzobispo Pawłowski sobre la Tercera sección de la Secretaría de Estado, nacida recientemente para la selección y la formación del personal diplomático, y presidida por él. El cardenal Marx presentó el trabajo del Consejo para la economía, que está estudiando propuestas para delinear las competencias para una «sala de control» para los recursos humanos. El purpurado explicó también los progresos positivos en las áreas de la presentación de los balances, de la contención de los costes y de la reducción del déficit de la Santa Sede. En este ámbito, el Consejo para la economía ha decidido escribir líneas guía para los entes de la Santa Sede con el fin de reducir los costes. Los cardenales también discutieron diversas opciones para la Congregación para la Doctrina de la fe para procesar en tiempos breves los casos de abusos a menores. Además, escucharon al cardenal prefecto Appiah Turkson sobre la evolución del Dicasterio para el servicio del desarrollo humano integral e hicieron ulteriores reflexiones sobre la Congregación para las Iglesias orientales y para la evangelización de los pueblos.

La próxima reunión del Consejo de cardenales tendrá lugar del 23 al 25 de abril.

## Cuaresma ecuménica

MARCELO FIGUEROA

Estos tiempos de Cuaresma son siempre propicios para releer las Escrituras y sus textos pascuales en la búsqueda de reinterpretar el *kairos* divino con el *crónos* de nuestras agendas, los de la Iglesia y del orden planetario. Uno de los textos fundamentales que narra los tiempos cuaresmales de Jesús en su peregrinar hacia su Pascua, son los de su entrada triunfal en la Ciudad Santa. Sabiendo que su *kairos* había llegado y que los tiempos de enfrentamiento y planes en su contra ya no se ocultaban, decidió entrar en procesión mesiánica a Jerusalén. En la narración que el Evangelio de Lucas hace de ese evento, la algarabía de sus discípulos, en su inmensa mayoría jóvenes, se hace inculcable y a la vez la molestia para algunos fariseos, en su mayoría adultos mayores, evidente. (*Lucas 19, 37-39*).

Dos actores más resultan significativos para ese tiempo y aparecen como significantes hoy. En primer lugar, los prosélitos y personas afines a la religión pero no observantes, ni tampoco seguidores misioneros de Jesús. Ellos no quisieron quedar fuera de la historia. Nos narra el Evangelio que «Mientras avanzaban, la gente alfombraba con sus mantos el camino» (*Lucas 19, 3*). En su percepción de los

religiosa y la variedad creacional, no son actores de reparto sino protagonistas de la historia de ayer y de hoy. Resultaría inspirador considerar a estos grupos en el contexto de los tiempos actuales y del futuro próximo. Estamos en los albores de dos Sínodos, el de los Jóvenes y el Panamazónico y a menos de un año de la Jornada mundial de la juventud. En el *kairos* de la Iglesia no son hechos casuales, en el *crónos* de los tiempos son dos años definidos y en el espacio geográfico, Latinoamérica ocupa un lugar de privilegio y enorme responsabilidad.

En el comunicado de la Secretaría General del Sínodo, hablando de la reunión presinodal para los jóvenes, que está a pocas semanas de ocurrencia se dice: «... estarán invitados jóvenes en representación de las Conferencias Episcopales, de las Iglesias Orientales, de la vida consagrada y de los que se preparan para el sacerdocio de las asociaciones y los movimientos eclesiales, de otras Iglesias y comunidades cristianas y de otras religiones...». En la convocatoria al Sínodo Panamazónico, Francisco expresó la necesidad de: «...encontrar nuevos caminos para la evangelización de este pueblo de Dios, especialmente de los indígenas, a menudo olvidados y sin perspectivas de un futuro sereno, también debido a la crisis de la selva amazónica, pulmón de capital importancia para nuestro planeta».



tiempos, pensaron que debían allanar el camino del Mesías dejando sus propios mantos para sumarse a un fin superador: la esperanza de una paz duradera. Bien podrían ser hoy los «creyentes a su manera», o participantes de la fe desde distintas vertientes confesionales o grupos étnicos con sus propias cosmovisiones espirituales. En Latinoamérica serían los hermanos de diferentes confesiones cristianas que dejan de lado por un tiempo su traje denominacional para dejar al descubierto su identidad cristiana profunda, o bien hermanos de diferentes etnias indígenas que ofrecen sus ponchos, mantas, vestidos artesanales, etc. para unirse al peregrinar del Rey de la paz. En segundo lugar, la creación toma de la misma boca de Jesús un protagonismo histórico participativo inesperado cuando Él responde al pedido de silenciar a los celebrantes «Yo les digo que, si éstos callan, gritarán las piedras» (*Lucas 19, 40*). Toda la creación, incluido a modo simbólico el burrito de Jesús, que ya comenzaba a sufrir dolores de parto hasta la llegada de los tiempos de redención (*Romanos 8, 22*) aparecen claramente en la escena. Hasta el material orgánico como las piedras, bien podrían ser anunciadores proféticos gritando que los tiempos nuevos del reino de Jesús y la Casa Común peregrinan juntos en los tiempos pascuales y nos siguen interpelando hoy.

Esos actores de la escena evangélica: Jesús, los jóvenes discípulos, los representantes de la diversidad

El rol ecuménico a la luz del mosaico religioso y cultural y el enfoque como tierra habitada de la diversidad geográfica son hilos conductores fundamentales de estos dos Sínodos con sus encuentros previos y jornadas especiales. Buscar que los jóvenes interactúen con estas dos realidades ecuménicas resulta tan providencial como revelador del *kairos* de Dios. Comprender el diálogo de formas, fondo, contenido y contexto de los padres participantes de los dos Sínodos será vital para leer los documentos que se produzcan como crónicas de los tiempos actuales.

En el texto del Evangelio de Lucas, Jesús muestra una emoción que parece desconcertante para esa entrada triunfal en Jerusalén: ¡llora!, y lo hace sintiendo que la paz que su gesto y entrega debe provocar no es reconocida (*Lucas 19, 41, 42*). No llora por el majestuoso templo que ya había anunciado que será destruido, sino por algo mucho más profundo, temporal, pero también cósmico y profético: «...porque no reconociste el momento en que fuiste visitada por Dios» (*Lucas 19, 44b*). Que el Señor de la historia eterna y del tiempo actual sonría al ver que somos capaces de reconocer estos meses de providencial coincidencia entre jóvenes, ecumenismo confesional, ecumenismo creacional, sionodalidad eclesial e impronta latinoamericana. No volvamos a dejar que las lágrimas de Jesús muestren nuestros ojos empañados para discernir estos tiempos de Paz.

# Mirar a las muchedumbres con los ojos de Cristo

FERNANDO CHICA ARELLANO\*

En su Mensaje para la Cuaresma del 2006, Benedicto XVI comentaba este versículo evangélico: «Al ver a las muchedumbres, se compadecía de ellas» (*Mateo 9, 36*). Apoyado en este sentimiento de Jesús, el Papa emérito meditaba acerca de una cuestión muy debatida: el problema del desarrollo. Al respecto, reflexionaba: «Hoy el Señor escucha también el grito de las multitudes hambrientas de alegría, de paz y de amor. Como en todas las épocas, se sienten abandonadas. Sin embargo, en la desolación de la miseria, de la soledad, de la violencia y del hambre, que afectan sin distinción a ancianos, adultos y niños, Dios no permite que predomine la oscuridad del horror... Con su mirada Jesús abraza a las multitudes y a cada uno, y los entrega al Padre, ofreciéndose a sí mismo en sacrificio de expiación».

La Iglesia sigue hoy prestando sus ojos a Cristo para mirar a los que más sufren, a los descartados del progreso, a cuantos se hacinan en las periferias más lejanas del bienestar y el desarrollo. Pero no se trata de un desarrollo cualquiera, de satisfacer solamente las necesidades materiales, sino de poner en el centro a la persona humana y su inviolable dignidad. Ello requiere que nuestra «mirada» sobre el hombre se asemeje a la del Señor. La «mirada» de Cristo sobre la gente nos mueve a afirmar los verdaderos contenidos de ese «humanismo pleno» que, según el beato Pablo VI, consiste en el «desarrollo integral de todo el hombre y de todos los hombres» (cf. *Populorum Progressio*, 42).

La Madre Teresa de Calcuta, aguda conocedora de los dramas que afligen al mundo, decía: «La primera pobreza de los pueblos es no conocer a Cristo». Llevaba razón, porque con Cristo llegan al hombre todos los bienes. Sin Él, en cambio, cualquier intento por edificar la sociedad, por hacer avanzar a la humanidad, carece de bases sólidas. De ahí que la primera aportación que la Iglesia ofrezca al desarrollo del hombre y de los pueblos no estribe en medios materiales o recursos técnicos, sino en el anuncio de la verdad de Cristo, que forma las conciencias y muestra la auténtica dignidad de la persona humana y del trabajo, promoviendo la creación de una cultura que responda a todos los interrogantes del hombre. En este contexto conviene recordar la advertencia de san Juan Pablo II: «En un mundo fuertemente secularizado, se ha dado una gradual secularización de la salvación, debido a lo cual se lucha ciertamente en favor del hombre, pero de un hombre a medias, reducido a la mera dimensión horizontal. En cambio, nosotros sabemos que Jesús vino a traer la salvación integral» (*Redemptoris missio*, 11). Precisamente por ello, la Iglesia, imitando a su Maestro, tiene la certeza de que el mejor servicio que puede prestar a los hombres de hoy sea proclamar el Evangelio, repetirles la respuesta que Cristo dio a Satanás al término de su Cuaresma en el desierto: «No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (*Mateo 4, 4*). E, inspirada en la misma compasión de Jesús por las multitudes, siente también hoy que su tarea propia consiste en pedir a quien tiene responsabilidades políticas y ejerce el poder económico y financiero que facilite un desarrollo que no deje a nadie atrás, olvidado o menospreciado. Para ello es necesaria la consideración del papel esencial que los auténticos valores religiosos desempeñan en la vida del hombre, como respuesta a sus interrogantes más profundos y como motivación ética respecto a sus responsabilidades personales y sociales. La Iglesia es consciente de que promoviendo el hambre de Dios ayuda a saciar el hambre de la humanidad.

La Cuaresma es una llamada a la conciencia de cada cristiano para que vuelva a Dios. Dios no quita nada al hombre, antes bien le brinda y posibilita su plenitud. La luz divina es la que le indica el camino para ponerse de parte de los necesitados. Y esto no por cálculo interesado o mera estrategia, sino por amor. Dios es la fuente del amor verdadero. Quien ama a Dios acaba descubriendo su rostro en los pobres. Quien ama a

Dios encuentra en Él la fuerza para luchar contra el mal. No es extraño, por tanto, que en su reciente Mensaje para la Cuaresma, fijándose en el versículo del Evangelio: «Al crecer la maldad, se enfriará el amor en la mayoría» (*Mateo 24, 12*), el Papa Francisco haya invitado a los miembros de la Iglesia y a todos los hombres de buena voluntad a tomar en serio el amor, advirtiendo al mismo tiempo que, «frente a acontecimientos dolorosos, algunos falsos profetas –encantadores de serpientes y charlatanes– engañarán a mucha gente hasta amenazar con apagar la caridad en los corazones, que es el centro de todo el Evangelio».

No sucumbamos a la fascinación del Maligno. Procuremos libramos de sus seducciones encendiendo por doquier el fuego del amor. La presencia de Dios en las almas será la que avive su llama. El pecado, por el contrario, conduce a la indiferencia, al egoísmo que impide afrontar los terribles desafíos de la pobreza que asola a gran parte de la humanidad. En cambio, afianzar el trato de amistad con el Señor nos ayuda a vencer nuestro hermetismo y a brindar un nítido testimonio de amor. Con amor nada es imposible, sin amor nada es posible. Y justamente será la caridad la que nos proporcione ojos nuevos para no pasar de largo ante el dolor de nuestros hermanos

y manos laboriosas que pongan bálsamo en sus heridas. Será el amor el que nos empujará a no contentarnos con echarles unas pocas migajas, sino a entregarnos del todo a su servicio. Es esto lo que señalaba Benedicto XVI en el Mensaje antes citado: «Hoy, en el contexto de la interdependencia global, se puede constatar que ningún proyecto económico, social o político puede sustituir el don de uno mismo a los demás en el que se expresa la caridad. Quien actúa según esta lógica evangélica vive la fe como amistad con el Dios encarnado y, como Él, se preocupa por las necesidades materiales y espirituales del prójimo. Lo mira como un misterio inconmensurable, digno de infinito cuidado y atención».

No dejemos que estas palabras caigan en saco roto. De este modo, estaremos acogiendo también el pedido de Francisco, que, en su Mensaje para la Cuaresma, nos alentaba a que no se enfriara en nuestro interior el amor, porque «si en muchos corazones a veces da la impresión de que la caridad se ha apagado, en el corazón de Dios no se apaga. Él siempre nos da una nueva oportunidad para que podamos empezar a amar de nuevo».

\*Observador Permanente de la Santa Sede ante la FAO, el FIDA y el PMA



Habitantes indígenas en la región de Perú

Un momento del encuentro con los pueblos de la Amazonia en Puerto Maldonado, Perú (19/1/2018)



En el Centro Hurtado, el Papa estuvo acompañado por el provincial Cristián del Campo en la capilla que conserva los restos de san Alberto. Inaugurado en 1995, el santuario custodia la tumba, un sarcófago de piedra con terrones de tierra de cada región de Chile, como símbolo del abrazo de todos los fieles del país. El provincial saludó al Papa en nombre de los jesuitas, entre los que se veían muchos jóvenes. El encuentro fue inmediatamente familiar y caluroso por la presencia, entre otros, de los padres Carlos y José Aldunate, dos hermanos que tienen 101 y 100 años respectivamente. Reconociéndoles, Francisco comenzó con estas palabras: ¡Me alegra ver al padre Carlos! Fue mi director espiritual en el año 1960 durante mi juniorado. José era el maestro de novicios en aquella época, después lo hicieron provincial... Carlos era bedel y era... el rey del sentido común. Aconsejaba espiritualmente con mucho sentido común. Una vez, me acuerdo que fui a verlo porque estaba con mucha rabia contra una persona. Quería decirle cuatro frescas, decirle esto no va, vos sos esto y esto... El me dijo: «Tranquilo... No conviene romper armas de entrada. Busque otros caminos...». Ese consejo no lo olvidé nunca y le agradezco ahora por esto. Sí, en Chile me sentí bien enseguida. Llegué ayer. Durante el día de hoy he sido muy bien recibido. He visto muchos gestos de gran afecto. Ahora, pregunten lo que quieran.

Una jesuita pregunta cuáles han sido las grandes alegrías y las grandes dolores que ha tenido durante el pontificado.

Ha sido un tiempo tranquilo este del pontificado. Desde el momento en que en el Conclave me di cuenta de lo que se venía —una cosa de golpe, sorpresiva para mí—, sentí mucha paz. Y esa paz no me dejó hasta el día de hoy. Es un don del Señor que le agradezco. Y de verdad espero que no me lo saque. Es una paz que siento como regalo puro, un regalo puro. Las cosas que no me quitan la paz, pero sí me dan pena, son los chismes. A mí los chismes me duelen, me ponen triste. Sucede a menudo en los mundos cerrados. Cuando esto se da en un contexto de sacerdotado o religiosos me viene preguntar a las personas: ¿Pero cómo es posible? Vos que dejaste todo, decidiste no tener al lado a una mujer, no te casaste, no tuviste hijos, ¿queres terminar como un solterón chismoso? ¡Qué vida triste, Dios mío!

Un jesuita de la provincia argentino-uruguayo pregunta qué resistencias ha encontrado y cómo las ha vivido.

Nunca, frente a la dificultad nunca digo que es una «resistencia». Eso sería faltar al deber de discernir. Es fácil decir «resistencia» y no darse cuenta de que en esa disputa puede haber aunque sea un poquito así de verdad. Y yo me hago ayudar con eso. A menudo pregunto a una persona: «¿qué piensa de esto?». Esto me ayuda también a relativizar muchas cosas que, a primera vista parecen resistencia, pero que en realidad son una reacción que nace de un malentendido, del hecho de que algunas cosas hay que repetirlas, explicarlas mejor... Puede ser un defecto mío el hecho de que a veces doy por sentadas algunas cosas o pego un salto

lógico sin explicar bien el proceso por qué estoy convencido de que el otro entendido al vuelo el razonamiento que hago. Me doy cuenta que si vuelvo atrás y explico mejor entonces ahí el otro dice: «Ah, sí, está bien...». O sea, me ayuda mucho examinar bien el significado de las disputas. Ahora, cuando me doy cuenta de que hay verdadera resistencia, la sufro. Algunos me dicen que es normal que haya resistencias cuando alguno quiere hacer cambios. El famoso «siempre se hizo así» reina en todas partes: «Si siempre se hizo así, para qué vamos a cambiar? Si las cosas son así, si siempre se hizo así para qué hacerlas de manera diversa?». Esta es una tentación grande que todos hemos vivido. Por ejemplo, todos los vivimos en el posconcilio. Las resistencias después del Concilio Vaticano II, que todavía están presentes, y llevan a relativizar el Concilio, aguar el Concilio. Y me me duele más todavía cuando alguno se enrola en una campaña de resistencia. Lamentablemente voy esto también. Vos me preguntaste por las resistencias, y no puedo negar que es-

tán. Las veo y las conozco. Después están las resistencias doctrinales, que ustedes las conocen mejor que yo. Por salud mental yo no leo los sitios de internet de esta así llamada «resistencia». Sé quienes son, conozco los grupos, pero no los leo, simplemente por salud mental. Si hay algo muy serio, me lo avisan para que yo sepa. Ustedes los conocen... Es una pena, pero creo que hay que seguir adelante. Los historiadores dicen que para que un concilio arraigue hace falta un siglo. Estamos a mitad de camino. A veces uno se pregunta: pero este hombre, esta mujer, ¿leyó el Concilio? Y hay gente que no leyó el Concilio. Y si lo leyó, no lo entendió. [Cincuenta años después! Nosotros estudiamos filosofía antes del Concilio, pero tuvimos la ventaja de estudiar teología después. Vivimos el cambio de perspectiva, y ya estaban los documentos conciliares. Cuando percibo resistencias, trato de dialogar, cuando el diálogo es posible, pero algunas resistencias vienen de personas que creen poscer la vera doctrina y te acusan de hereje. Cuando en estas

personas, por lo que dicen o escriben, no encuentro bondad espiritual, yo simplemente rezo por ellos. Siento pena, pero no me detengo en este sentimiento por salud mental.

Sigue la pregunta de un novicio sobre cómo acercar la Iglesia jerárquica a las personas.

Lo que yo pienso respecto de la relación entre obispo y pueblo de Dios, se la acabo de decir a los obispos. Así que lo que pienso yo acerca de los obispos está en ese discurso, muy breve, ya que tuvimos dos encuentros largos el año pasado en la visita ad limina. El daño más grande que pueda sufrir hoy en día Iglesia en América Latina es el clericalismo, es decir no caer en la cuenta de que la Iglesia es todo el santo pueblo fiel de Dios, que es infalible en creyendo, todos juntos. Hablo de América Latina porque es lo que conozco mejor. Hace un tiempo escribí una carta a la Pontificia Comisión para América Latina y hoy volví sobre el tema. Hay que caer en la cuenta de que la gracia de la misionariedad tiene que ver con el bautismo, no con el orden sagrado ni con los votos religiosos.

Consulta ver que hay muchos sacerdotes, religiosos, religiosas, que se juegan enteros con la opción de conciliar de ponerse al servicio del pueblo de Dios. Y eso hay que tenerlo en cuenta. Pero en algunos todavía están vigentes comportamientos de tipo príncipesco. Se debe dar al pueblo de Dios el lugar que le corresponde. Y podemos pensar lo mismo respecto del tema de la mujer. Tuve una experiencia particular como obispo de una diócesis: había que tratar cierto tema, y se hacía una consulta —por supuesto solo entre curas y obispos— y habíamos hecho una reflexión que nos llevaba a una serie de puntos sobre los que había que tomar una decisión. La misma cosa, tratada en una reunión conjunta de hombres y mujeres, llevó a conclusiones mucho más ricas, mucho más viables, mucho más fecundas. Es una simple experiencia que me viene ahora a la mente y que me hace reflexionar. La mujer debe dar a la Iglesia toda aquella riqueza que von Balthasar llamaba «la dimensión mariana». Sin esta dimensión la Iglesia queda ronga o tiene que usar muletas y entonces camina mal. Creo que en esto hay mucho que andar. Y repito, como les dije hoy a los obispos: «desprincipiar», estar cercanos a la gente...

El padre Juan Díaz toma la palabra y el Papa lo reconoce y lo saluda «¡Juanito!». El sacerdote pregunta en qué aspectos de la vida de los jesuitas es necesario estar más atentos para no caer en la tentación de la mundanidad.

A mí la alarma sobre la mundanidad me la despertó el último capítulo de las *Meditaciones sobre la Iglesia*, de Henri de Lubac. Él cita ahí al benedictino dom Ascari Vonier, que habla de la mundanidad como del peor mal que le puede suceder a la Iglesia. Eso me despertó el deseo de comprender que es la mundanidad. Claro que san Ignacio habla de ella en los Ejercicios, en el tercer ejercicio de la primera semana, allí donde pide descubrir los engaños del mundo. El tema de la mundanidad está en nuestra espiritualidad jesuita. Las

Las conversaciones del Papa con los jesuitas en Chile y en Perú

# El Vaticano II en América Latina



El Papa bendice el vehículo usado por el jesuita Alberto Hurtado para llevar ayuda a los pobres (Santiago de Chile, 16/1/2018)

tres gracias que pedimos en esa meditación son el arrepentimiento de los pecados, es decir el dolor de los pecados, la vergüenza y el conocimiento del mundo, del demonio y de sus cosas. Por tanto, en nuestra espiritualidad la mundanidad entra como algo a tener en cuenta y a considerar como una tentación. Sería superficial afirmar que la mundanidad es llevar una vida demasiado relajada y frívola. Estos son solamente consecuencias. Mundanidad es usar los criterios del mundo y seguir los criterios del mundo y elegir según los criterios del mundo. Significa hacer discernimiento y preferir los criterios del mundo. Por tanto, lo que nos tenemos que preguntar es cuáles son estos criterios del mundo... Y eso es lo que san Ignacio hace pedir en ese tercer ejercicio. Y nos hace hacer las tres peticiones: al Padre, al Señor y a la Virgen. [¿Que nos ayuden a descubrir esos criterios! Cada uno, por tanto, tiene que ir buscando qué cosa es mundana en su propia vida. No basta una respuesta simple y general. ¿En qué soy mundano yo? Esta es la verdadera pregunta. Por ejemplo, no sé, un profesor de teología se puede hacer mundano si anda a la pesca de la última cosa que se dice para estar siempre en la moda: esto es mundano. Pero los jesuitos pueden ser miles. Y hay que pedir al Señor que no se engañados tratando de discernir cuál es nuestra propia mundanidad.]

En otra pregunta se afronta el tema de las reformas de la Curia y de la Iglesia.

Creo que una de las cosas que la Iglesia más necesita hoy, y esto está muy claro en las perspectivas y en los objetivos pastorales de *Amaris Lactitia*,

es el discernimiento. Nosotros estamos acostumbrados al «se puede o no se puede». La moral usada en *Amaris Lactitia* es la más clásica moral tomista, la del santo Tomás, no del tomismo decadente como ese con el que algunos han estudiado. También yo recibí en mi formación esta manera de pensar «se puede o no se puede, hasta aquí se puede, hasta aquí no se puede». No sé si vos te acordás (y aquí el Papa mira a uno de los presentes) de aquel jesuita colombiano que nos vino a dar moral al Colegio Máximo, cuando tocó hablar del sexto mandamiento: uno se atrevió a hacer la pregunta: «Los novicios pueden besarse?». ¡Sí podían besarse! ¿Comprenden? Y él dijo: «Sí, sí, sí. ¡No hay problema! Basta que pongan un pañuelo en el medio». Ésta es una *forma mentis* de hacer teología en general. Una *forma mentis* basada en el límite. Y seguimos arrastrando las consecuencias. Si ustedes dan una ojeada al panorama de las reacciones que suscitó *Amaris Lactitia*, van a ver que las críticas más fuertes contra la Exhortación son sobre el capítulo octavo: un divorciado ¿puede o no puede tomar la comunión? Y *Amaris Lactitia*, en cambio, va por otro lado totalmente distinto, no entra en estas distinciones y pone el problema del discernimiento. Que ya estaba en base en la moral tomista clásica, grande, verdadera. Entonces el reporte que quería de la Compañía es el de ayudar a la Iglesia a crecer en el discernimiento. Hoy la Iglesia necesita crecer en discernimiento. Y a nosotros el Señor nos ha dado esta gracia de familia de discernir. No sé si ustedes saben, pero hay una cosa que ya dije en otras reuniones como esta con jesuitas:

al fin del generalato de Ledóchowski, la obra culmen de la espiritualidad de la Compañía fue el Epítome. Allí estaba regulado todo lo que tenías que hacer, en una mezcla enorme entre Fórmula del Instituto, Constituciones y reglas. Estaban incluso las reglas del cocinero. Y estaba todo mezclado, sin jerarquización. Ledóchowski era muy amigo del abad general de los benedictinos y, una vez que fue a visitarlo, le llevó aquel escrito. Poco tiempo después, el abad se comunicó con él y le dijo: «Padre General, con esto usted mató la Compañía de Jesús». Y tenía razón, porque el Epítome quitaba cualquier capacidad de discernimiento. Después viene la guerra. El padre Janssens, tuvo que guiar la Compañía en la postguerra, y lo hizo bien, como podía, porque no era fácil. Y después vino la gracia del generalato de Arrupe. Pedro Arrupe con el Centro Ignaciano de Espiritualidad, la revista *Christus* y el impulso dado a los Ejercicios Espirituales, renovó esta gracia de familia que es el discernimiento. Superó el Epítome y volvió a las lecciones de los padres, a Fabro, a Ignacio. En esto hay que reconocer el rol de la vida de la revista *Christus* en aquel tiempo. Y después, también el rol del padre Luis González con su centro de espiritualidad: recorrió toda la Compañía dando ejercicios espirituales. Iban abriendo puertas, refrescando este aspecto que hoy día vemos que ha crecido mucho en la Compañía. Lo que yo te diría, recordando esta historia de familia, es que hubo un momento en que habíamos perdido —o no sé si lo habíamos perdido, pero sí sabemos que no se usaba mucho— el sentido del discernimiento. Hoy día, den-

se lo —¡démolo!— a la Iglesia, que lo necesita tanto.

La última pregunta es de un teólogo de la provincia de Perú en relación a la colaboración de la Compañía con el Pontífice.

¡Desde el segundo día después de mi elección! Adolfo Nicolás vino a mi piedad en Santa Marta... Ahí empezó la colaboración. El vino a saludarme, yo todavía estaba en la piedad que me tocó durante el Conclave, en Santa Marta, no en la que tengo ahora, y allí charlamos ahí un rato... Y los generales, los dos, Adolfo y ahora Arturo, los dos apostaron fuerte a esto. Creo que sobre este punto... está el padre Spadaro aquí... Está en la popular... Creo que él fue testigo desde el primer momento de esta relación con la Compañía. La disponibilidad es total. Y además de inteligencia, como por ejemplo sobre la doctrina de la fe: realmente mucho apoyo. Pero nadie puede acusar de «jesuitismo» al pontificado actual. Lo digo y creo que soy sincero al decirlo. Se trata de una colaboración eclesial, dentro del espíritu eclesial. Es un sentir con la Iglesia y en la Iglesia en el respeto del carisma de la Compañía. Los documentos de la última Congregación General no necesitaron aprobación pontificia. Yo no lo consideré necesario porque la Compañía es adulta. Y si mete la pata... y vendrá la queja y después se verá. Creo que esta es la manera de colaborar. Bueno les agradezco tanto... y quiero decirles una cosa importantísima, una recomendación: ¡la cuenta de conciencia! Para los jesuitas es una joya, una gracia de familia... Por favor: ¡no la dejen!

*Encuentro de Francisco con los jesuitas en Perú (19/1/2018)*

Después de la visita de cortesía al presidente Pablo Kuczynski, el Papa se dirigió a la iglesia de San Pedro, considerada como uno de los más importantes complejos religiosos del centro histórico de Lima. Francisco fue recibido por el Provincial, P. Juan Carlos Morante, y por el Superior local, P. José Enrique Rodríguez, en la entrada de la Capilla de la Penitenciaría. Atravesando la nave izquierda de la iglesia, el Papa llegó a la sacristía, donde estaban reunidos alrededor de cien jesuitas. El padre Morante agradeció a Francisco por su visita y habló del compromiso de la Compañía en la evangelización de los pueblos originarios y en la educación citando a los padres Alonso de Barzana (1528-1598), Francisco del Castillo (1615-1673), Antonio Ruiz de Montoya (1585-1652), y otros. Luego tomó la palabra el Papa. Francisco saludó a los presentes.

Buenas tardes... Gracias. Vamos a empezar a conversar para no perder tiempo. Tienen preparadas algunas preguntas... Con toda libertad...

*La primera pregunta es sobre los temas de la reconciliación y la justicia.*

Gracias. La palabra «reconciliación» no solo está manipulada: está quemada. Hoy día —no solo acá sino también en otros países de América Latina— se ha depotenciado la palabra reconciliación. Cuando san Pablo describe la reconciliación de todos nosotros con Dios, en Cristo, pretende usar una palabra fuerte. Hoy, en cambio, «reconciliación» se ha convertido en una palabra de cartón. La depotenciaron. La depotenciaron no solo en su contenido religioso sino en su contenido humano, ese que se comparte cuando uno se mira a los ojos. Hoy se negocia debajo de la mesa. Yo diría que no hay que jugar al circo, pero tampoco patear en contra. Hay que decir a los que la usan depotenciada: úsena ustedes, nosotros no vamos a usar una palabra que hoy está quemada. Pero hay que seguir trabajando procurando reconciliar gente. Desde abajo, desde los costados, con una buena palabra, con una visita, con un curso que ayude a comprender, con el arma de la oración, que es la que nos va a dar la fuerza y va a hacer milagros, pero sobre todo con el arma humana de la persuasión, que es humilde. La persuasión actúa así: con humildad. Yo propongo esto: ir al encuentro del adversario, ponerse frente al otro si se da la oportunidad... ¡La persuasión! Sobre la reconciliación que hoy día se plantea —no quiero tocar a fondo y en detalle el problema peruano porque no lo conozco, pero me fío de tus palabras, y dado que, como te decía, este fenómeno se da también en otros países de América Latina—, puedo decirte que no se trata de una verdadera reconciliación, profunda, sino de un negociado. Y está bien: el arte de la conducción política supone también la capacidad de negociar. El problema está en qué se negocia cuando se negocia. Si entre el mon-



## Un pueblo creativo

tón de cosas que llevás a negociar están tus intereses personales, entonces ya está... No podemos hablar ni siquiera de un negociado. Es otra cosa... Entonces, en lugar de hablar de reconciliación es mejor hablar de «esperanza». Busquen una palabra que no sea un caballito de batalla mezquino, usado sin su pleno significado. Quiero repetirlo, no conozco en detalle la situación del Perú, me fío de tus palabras, pero es un fenómeno de varios países de América Latina, por eso puedo hablar así.

*Sigue una pregunta sobre el envejecimiento del clero.*

Vos dijiste que tenemos bastantes «instituciones». Me atrevo a corregirte la palabra: tenemos bastantes «obras». Y hay que distinguir entre obras e instituciones. El aspecto institucional es esencial en la Compañía. Pero no todas las obras son instituciones. Quizás lo fueron, pero el tiempo hizo que dejaran de ser instituciones. Hay que discernir entre lo que es hoy día institución «que convoca, que te da fuerza, que promete, que es profética—y lo que es una obra, que sí, fue institución en un momento, pero que ahora parece que dejó de serlo. Y ahí hacer lo de siempre: un discernimiento pastoral y comunitario.

El padre Arrupe insistía en esto. Hay que hacer la selección de obras con este criterio: que sean instituciones, en el sentido ignaciano de la palabra, es decir que convoquen personas, que den respuesta a las exi-

gencias de hoy. Y esto requiere que la comunidad se ponga en estado de discernimiento. Y ese quizás sea el reto que ustedes tienen... Considerando esta disminución de jóvenes y de fuerzas se podría entrar en desolación institucional. No, eso no se lo pueden permitir. La Compañía pasó un momento de desolación institucional durante el generalato del padre Ricci, que terminó preso en el Castillo Sant'Angelo. Las cartas que escribió el padre Ricci a la Compañía en ese tiempo son una maravilla de criterios de discernimiento, de criterios de acción para no dejarse chupar por la desolación institucional. La desolación te tira abajo, es una frazada mojada que te tiran encima y a ver cómo salís, y te lleva a la amargura, a la desilusión... Es el discurso postrifunfalista de Emaús: «nosotros esperábamos...» que decimos también nosotros, por ejemplo, cuando usamos expresiones como «la gloriosa Compañía era otra cosa», «la caballería ligera de la Iglesia... ahora en cambio...». Y otras cosas como estas. El Espíritu de desolación marca profundamente. Les aconsejo que lean las cartas del padre Ricci. Más tarde el padre Roothan atravesó otro período de desolación de la Compañía con motivo de la masonería, pero no tan fuerte como la de Ricci, que terminó en la supresión. Hubo algunos otros períodos así en la historia de la Compañía. Por otro lado, hay que buscar a los padres, a los padres de la institucionalización de la Compañía: por

supuesto Ignacio, Fabro. Aquí podemos hablar del padre Barzana. A mí Barzana me sedujo: cuando estubo en Santiago del Estero, en Argentina, manejaba doce lenguas indígenas. Lo llamaban el Francisco Javier de las Indias Occidentales. Y ese hombre, ahí, en el desierto, sembró la fe, fundó la fe. Dicen que era de origen hebreo y que su apellido era Bar Shana. Hace bien mirar a esos hombres que fueron capaces de institucionalizar, y que no se dejaron desolar. Yo me pregunto si Javier, ante el fracaso de mirar China y no poder entrar, estaba desolado. No, yo imagino que Javier se dirige al Señor diciendo: «Vos no lo querés, entonces chau, está bien así». Optó por seguir el camino que se le proponía, ¡y en aquel caso era la muerte!... ¡pero está bien! La desolación: no debemos dejar que entre en juego. Al contrario, debemos buscar a los jesuitas consolados. No sé, no quiero dar un consejo, pero... busquen siempre la consolación. Búsquenla siempre. Como piedra de toque del estado espiritual de ustedes. Como Javier en las puertas de China, miren siempre adelante... ¡Dios sabe! Pero que la sonrisa del corazón no se embarre. No sé, no se me ocurre darte recetas. Hace falta el discernimiento de los ministerios y de lo institucional en un clima de consolación. Lean, por tanto, las cartas del padre Lorenzo Ricci. Es una maravilla cómo quiso siempre elegir la consolación en el momento de mayor desolación que haya teni-

do la Compañía, cuando sabía que las cortes europeas estaban por dar el golpe de gracia a la Compañía.

*A continuación hay una pregunta sobre el escándalo de los abusos sexuales.*

Ayer hablé de esto a los sacerdotes, religiosos y religiosas chilenos en la catedral de Santiago. Es la desolación más grande que está pasando la Iglesia. Y esto nos lleva a pasar vergüenza, pero hay que recordar que la vergüenza es también una gracia muy ignaciana, algo que san Ignacio nos hace pedir en los tres coloquios de la primera semana. Así que tomémoslo como gracia y avergonzémonos profundamente. Debemos amar una Iglesia con llagas. Muchas llagas... Te cuento un hecho. El 24 de marzo en Argentina es la memoria del golpe de estado militar, de la

a veces se sabe y a veces no se sabe, me encuentro habitualmente con algunos de ellos. En Chile tuve un encuentro. Como su proceso es tan duro, quedan destrozados. Quedan destrozados. Para la Iglesia es una gran humillación. Muestra no solamente nuestra fragilidad, sino también —digámoslo claramente— nuestro nivel de hipocresía. Sobre los casos de corrupción en el sentido del abuso más de tipo institucional, es singular el hecho de que haya varias congregaciones, relativamente nuevas, cuyos fundadores cayeron en estos abusos. Son públicos los casos. El Papa Benedicto tuvo que suprimir una congregación de varones numerosa. El fundador había sembrado estas costumbres. Era una congregación que tenía también su rama femenina y también la fundadora había sembrado estas costum-

Gracias. Te respondo con una sola palabra. Parecerá que no digo nada y en cambio digo todo. Y esta palabra es «Concilio». Tomen el Concilio Vaticano II. Relean la *Lumen Gentium*. Ayer con los obispos chilenos —o antecayer, ya no sé qué día es hoy— los exhortaba a la desclericalización. Si hay una cosa muy clara es la conciencia del santo pueblo fiel de Dios, infalible in credendo, como nos enseña el Concilio. El pueblo de Dios es quien lleva adelante la Iglesia. La gracia de la misionariedad y del anuncio de Jesucristo nos lo da el bautismo. De allí podemos ir adelante. No hay que olvidar que la evangelización la hace la Iglesia como pueblo de Dios. El Señor quiere una Iglesia evangelizadora, lo veo claro. Es lo que me salió decir del corazón y con sencillez,

de que ese es el camino. Si no fuera así, el demonio no se molestaría en hacer resistencia. Te diría que estos son los criterios: la pobreza, la misionariedad, la conciencia de pueblo fiel de Dios... En América Latina en particular deberían preguntarse: «Pero, ¿dónde es que nuestro pueblo ha sido creativo?». Con algunas desviaciones, sí, pero ha sido creativo en la piedad popular. ¿Y por qué nuestro pueblo fue capaz de ser tan creativo en la piedad popular? Porque no le interesaba a los curas y entonces dejaban que hiciera... Y el pueblo iba adelante... Y después, sí, lo que la Iglesia hoy pide a la Compañía —esto ya lo dije en todos lados, y Spadaro que publica esas cosas ya está cansado de escribirlo—, es enseñar con humildad a discernir. Sí, esto se lo pido oficialmente como Pontífice. En general, sobre todo, nosotros que pertenecemos a la vida religiosa, sacerdotes, obispos, a veces demostramos poca capacidad de discernimiento, no sabemos hacerlo, porque fuimos educados en otra teología quizás más formalista. Nos detenemos en el «se puede o no se puede», como les decía también a los jesuitas chilenos a propósito de las resistencias a *Amoris Laetitia*. Algunos reducen todo el resultado de dos Sínodos, todo el trabajo hecho, al «se puede o no se puede». Ayúdenos pues a discernir. Claro, no puede enseñar a discernir quien no sabe discernir. Y para discernir uno debe entrar en Ejercicios, hace falta examinarse. Hace falta comenzar siempre por uno mismo. El encuentro concluye así.

*El rector de la iglesia le explica al Papa el significado de la silla que le prepararon. Dice que en 1992 hubo un atentado de Sendero Luminoso y que una parte de la iglesia quedó dañada. En la restauración se reforzaron las paredes y se extrajo un arquitrave de madera de 1672, con el cual se hizo la silla tallada en el estilo barroco de Lima para esta visita. El Papa agradece sonriendo y bromea: «Estoy sentado en 1672. Jugaré este número a la lotería!». Al final el Provincial agradece al Papa antes de pedir una foto de grupo. El Papa responde al agradecimiento con estas palabras:*

Les agradezco mucho. ¡Recen por mí! Les comparto una gracia muy grande. Desde el momento en que me di cuenta de que iba a ser elegido Papa sentí mucha paz y no se me fue hasta el día de hoy. ¡Pidan para que el Señor me la mantenga!

Al final del encuentro el Papa regaló a los jesuitas una cruz de plata realizada en 1981 por el orfebre italiano Antonio Vedele, que en su interior representa las estaciones del *Vía Crucis*. Las estaciones no son catorce sino quince, porque el artista ha querido incluir en el centro de los brazos la representación de la Resurrección de Cristo. Vedele es el orfebre que diseñó la cruz pectoral del Papa Francisco, que luego, en 1998, fue realizada en plata por su discípulo Giuseppe Albrizzi, autor también del Pastoral usado por el entonces cardenal de Buenos Aires, Jorge Mario Bergoglio. Por último el Papa posó para una foto de grupo. Luego atravesó la iglesia de San Pedro y antes de salir por la puerta principal se detuvo ante la tumba del venerable padre Francisco de Castillo, apóstol de Lima.



*Encuentro del Papa con miembros de la Compañía de Jesús durante su viaje a Perú (19/1/2018)*

dictadura, de los desaparecidos... Y todos los 24 de marzo la Plaza de Mayo se llena recordando eso. En uno de estos 24 de marzo salí del Arzobispado y fui a confesar a las monjas carmelitas. Cuando volvía tomé el subterráneo y bajé no en Plaza de Mayo sino seis cuadras antes. Estaba llena la plaza... y caminé esas cuadras para entrar por el costado. Cuando iba a cruzar la calle, estaba un matrimonio con un nene de dos años y medio o tres años, más o menos. El chico corre por delante y el papá le dice: «Vení, vení, vení... Cuidado con los pedófilos!». ¡La vergüenza que pasé! No se dieron cuenta de que yo era el arzobispo, era un cura y... ¡qué vergüenza! A veces se dicen cosas como «recurso consuelo» y alguno llega a decir: «Bueno, mirá las estadísticas... el... no sé... 70 % de los pedófilos son del entorno familiar, vecinal. Después en los clubes, en los natatorios. La porcentual de los pedófilos que son sacerdotes no llega al 2 %, es el 1,6 %. No es para tanto...». ¡Pero es terrible aunque fuese solo uno de estos hermanos nuestros! Porque Dios lo ungió para santificar a los chicos y a los grandes y él, en vez de santificarlos, los destruyó. Es horrible. Hay que escuchar lo que siente un abusado o una abusada. Los viernes,

Él abusaba de religiosos jóvenes e inmaduros. Benedicto comenzó el proceso de la rama femenina. A mí me tocó suprimirla. Ustedes acá tienen muchos casos dolorosos. Pero lo curioso es que el abuso ha afectado a algunas congregaciones nuevas, exitosas. El abuso en estas congregaciones es siempre el fruto de una mentalidad ligada al poder que debe ser sanada en sus raíces malignas. Y agregó que son tres niveles de abuso que van juntos: abuso de autoridad —con lo que significa mezclar los fueros interno y externo—, abuso sexual y enredos económicos. Siempre está la plata de por medio: el diablo entra por el bolsillo. Ignacio pone el primer escalón de las tentaciones del demonio en la riqueza... Después vienen la vanidad y la soberbia, pero el primero es la riqueza. En las congregaciones nuevas que han caído en este problema de los abusos, a menudo los tres niveles se dan juntos.

Perdonando la falta de humildad, te sugeriría leer lo que dije a los chilenos, que está más pensado y más rumiado que lo que me puede salir ahora espontáneamente.

*Finalmente se pide al Pontífice afrontar la cuestión del discernimiento.*

en los pocos minutos que hablé en las congregaciones generales previas al cónclave. Una Iglesia que va afuera, una Iglesia que sale a anunciar a Jesucristo. Después o en el mismo momento en que lo adora y se llena de Él. Uso siempre un ejemplo ligado al Apocalipsis donde leemos: «Estoy a la puerta y llamo. Si alguno me abre voy a entrar». El Señor está afuera y quiere entrar. A veces, sin embargo, el Señor está adentro ¡y golpea para que lo dejemos salir! A nosotros, el Señor nos está pidiendo que seamos Iglesia afuera, Iglesia en salida. Iglesia afuera. Iglesia hospital de campo... ¡Ah, las heridas del pueblo de Dios! A veces el pueblo de Dios está herido por una catequesis rígida, moralista, del «se puede o no se puede», o por una falta de testimonio. ¡Una Iglesia pobre y para los pobres! Los pobres no son una fórmula teórica del partido comunista. Los pobres son el centro del Evangelio. ¡Son el centro del Evangelio! No podemos predicar el Evangelio sin los pobres. Entonces te digo: es en esta línea que siento que el Espíritu nos está llevando. Y las resistencias para no hacerlo son fuertes. Pero debo decir también que para mí el hecho de que nazcan resistencias es un buen signo. Es el signo de que se va por buen camino,



# Las homilias del Pontífice

## La gracia de la vergüenza

**D**os consejos espirituales del Papa Francisco para la Cuaresma: «no juzgar a los otros» y «pedir a Dios la gracia de la vergüenza por los propios pecados». Son «el juicio» y «la misericordia», con la sugerencia de una examen de conciencia personal, los puntos cardinales de la meditación del Pontífice en la misa celebrada el lunes por la mañana, 26 de febrero, en Santa Marta.

«La Cuaresma es un camino de purificación: la Iglesia nos prepara para la Pascua y nos enseña también a renovarnos, a convertirnos» hizo presente Francisco. Y «podemos decir que el mensaje de hoy es el juicio, porque todos nosotros seremos sometidos a juicio: todos». Tanto que «ninguno de nosotros podrá huir del juicio de Dios: el juicio personal y después el juicio universal».

«Bajo esta óptica —afirmó el Papa— la Iglesia nos hace reflexionar sobre dos actitudes: la actitud hacia el prójimo y la actitud con Dios». En particular, res-

pecto al «prójimo nos dice que no debemos juzgar: “No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados. Es más: perdonad y seréis perdonados”». Y «el Señor es claro en esto» explicó Francisco, citando el pasaje del Evangelio de Lucas (6, 36-38) propuesto por la liturgia del día.

Cierto, prosiguió el Pontífice, «cada uno de nosotros puede pensar: “yo nunca juzgo, yo no hago de juez”. Pero «si nosotros buscamos en nuestra vida, en nuestras actitudes, ¡cuántas veces el argumento de nuestras conversaciones es juzgar a los otros!». Quizá también «un poco de forma natural» nos sale decir: «esto no va». Pero, insistió Francisco, «¿quién te ha hecho juez a tí?».

En realidad «este juzgar a los otros es algo feo, porque el único juez es el Señor». Por otro lado, «Jesús reconoce esta tendencia nuestra a juzgar a los otros» y nos avisó: «Estate atento, porque en la medida con la que tú juzgas, serás juzgado: si tú eres misericordioso, Dios será misericordioso contigo». Por tanto, «no juzgar».

Casi como si fuera un test, el Papa propuso: «Podemos hacernos esta pregunta: en las reuniones que nosotros tenemos, una comida, lo que sea, pensemos de dos horas de duración: de esas dos horas, ¿cuántos minutos se han gastado para juzgar a los otros?» Y si «esto es el “no”, ¿cuál es el “sí”? Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso. Es más: sed generosos, “dad y se os dará”». Pero, «¿qué se me dará? “Una medida buena, apretada, remecida y rebosante”», recordó Francisco citando una vez más el pasaje de Lucas. Y esto es «la abundancia de la generosidad del Señor, cuando nosotros estemos llenos de la abundancia de nuestra misericordia al no juzgar».

Francisco sugirió así pensar «un poco en esto: ¿yo juzgo a los otros? ¿Cómo juzgo? De la misma forma, yo seré juzgado. ¿Soy misericordioso con los otros? De la misma forma el Señor será misericordioso conmigo». Y «podemos —hoy, mañana, pasado mañana— tomar algunos minutos para pensar en estas cosas, y nos hará bien».

«La segunda parte del mensaje de la Iglesia de hoy —prosiguió— es la actitud con Dios». Y «es tan bonito como el profeta nos dice, cómo debe ser la actitud con Dios: humilde», explicó el Pontífice refiriéndose al pasaje bíblico de Daniel (9, 4-10). Por tanto, «tú eres Dios, yo soy pecador: el diálogo con Dios empieza siempre de esta adoración penitencial: tú eres Dios, yo soy pecador». Escribe, de hecho, Daniel: «Hemos pecado, hemos cometido iniquidad, hemos sido malos, nos hemos rebelado y no hemos apartado de tus mandamientos y de tus normas». En una palabra, «hemos pecado, Señor».

Pero precisamente «esta es la humildad delante de Dios. Cada uno de nosotros conoce los propios pecados y esto puede decirlo delante de Dios: Señor, he pecado, soy un pecador y “a ti la justicia”».

Por otro lado «nosotros sabemos que la justicia de Dios es misericordia, pero es necesario decirlo: “A ti, Señor, la justicia, a nosotros, la vergüenza”». Y «cuando se encuentran la justicia de Dios con nuestra vergüenza, ahí está el perdón».

Al respecto, Francisco sugirió las preguntas para hacerse a uno mismo para un examen de conciencia: «¿Yo creo que he pecado contra el Señor? ¿Yo creo que el Señor es justo? ¿Yo creo que es misericordioso? ¿Yo me avergüenzo delante de Dios, de ser pecador?». Y la respuesta es «así de simple: “A ti, la justicia, a mí, la vergüenza”». Por tanto, debemos «pedir la gracia de la vergüenza».

«En mi lengua materna —confió el Papa— a la gente fea, mala, que hace el mal, se le llama “desvergonzado”, sin vergüenza». Por eso, insistió, debemos «por favor pedir la gracia de que nunca nos falte la vergüenza delante de Dios: “A ti la justicia, a mí la vergüenza”». Porque «la vergüenza es una gran gracia».

En conclusión, el Pontífice invitó a examinar nuestra «actitud hacia el prójimo», recordando «que con la medida con la que yo juzgo, seré juzgado». Por eso «no debo juzgar». Y «si digo algo sobre otro, que sea generosamente, con mucha misericordia». En cuanto a la «actitud delante de Dios», debe estar centrada en «este diálogo esencial: “A ti, la justicia, a mí, la vergüenza”».



## Como un padre con el hijo

«**U**n café» con el Señor y después, con «el recibo del perdón», adelante «en el camino de conversión». Con la conciencia de que el Señor nos llama de todas las formas para encontrarlo, el Papa Francisco indicó —en la misa celebrada el martes 27 de febrero en Santa Marta— la imagen del padre que tiene que lidiar con las «chiquilladas del hijo adolescente» pero le da «confianza» para que no lo repita.

«El Señor no se cansa de llamarnos a la conversión, a cambiar vida» recordó el Papa. Y «todos debemos cambiar de vida: todos necesitamos convertirnos siempre, dar un paso adelante en el camino del encuentro con Jesús». La Cuaresma «nos ayuda a esto, a la conversión, a cambiar de vida». Pero «esta —explicó Francisco— es una gracia que pedimos al Señor porque, como hemos rezado en la oración colecta, la Iglesia no puede sostenerse sin el Señor: es Él quien nos da la gracia».

«El Señor —hizo presente el Pontífice— nos reprende muchas veces, de distintas maneras, nos advierte, nos hace ver el pecado que es tan feo». Pero «el Señor cambia la manera de hacernos ver la maldad del pecado y con esto nos ayuda a la conversión».

Precisamente en la liturgia del día, relanzó el Papa refiriéndose al pasaje del profeta Isaías (1, 10.16-20), «hemos escuchado en la primera lectura una llamada a la conversión, pero es una llamada en un estilo especial: no amenaza, allí, el Señor», sino que «llama con dulzura, dando confianza».

«Después de haber dicho las cosas que se debían hacer y no se debían hacer —recordó Francisco— el Señor dice: “Ven, arriba: venid y discutamos. Hablemos un poco”». El Señor, por tanto, «no nos asusta, es como el padre del hijo adolescente que ha hecho una chiquillada y debe regañarlo y sabe que si va con el bastón la cosa no irá bien, debe ir con la confianza».

Por tanto, prosiguió el Pontífice, «el Señor en este pasaje nos llama así: “Arriba, venid, tomemos un café juntos, hablemos, discutamos, no tengas miedo, no quiero hacerte daño”». Y «si como sabe que el hijo piensa: “pero yo he hecho cosas...”, enseguida» añade: «Aunque tus pecados fueran como escarlata, se volverán blancos como la nieve. Si fueran rojos como púrpura, se volverán como lanas». En resumen, «el Señor da confianza, como el padre da confianza al hijo adolescente».

Francisco hizo notar que «muchas veces el Señor nos llama así». E hizo referencia a un episodio evangélico, cuando Jesús dice: «¡Tú, Zaqueo, baja! Baja, ven conmigo, vamos a comer juntos!». Y en esa ocasión, afirmó el Papa, «Zaqueo llama a toda la cordada de sus amigos —¡que no eran precisamente de Acción Católica!— pero llama a todos y escuchan al Señor». Precisamente «con ese gesto de confianza el Señor se acerca al perdón y cambia el corazón».

El mismo sistema utilizó Jesús con Mateo, diciéndole: «Debo ir a tu casa». Es así como «el Señor siempre busca la manera»; sin embargo «otras veces advierte: “no, malditos, vosotros que no habéis hecho esto, esto...”». Es una advertencia «fuerte», explicó el Pontífice, «pero también en nuestra vida el Señor toma esta actitud de padre con hijo adolescente, tratando de hacerle ver con la persuasión que debe dar un paso adelante: dar un paso adelante en el camino de la conversión».

«Agradecemos al Señor por su bondad», relanzó Francisco, explicando que «él no quiere hacernos daño ni condenarnos: dio su vida por nosotros y esta es su bondad y siempre busca el modo de llegar al corazón». Por esa razón, afirmó «cuando nosotros sacerdotes, en el lugar del Señor, debemos escuchar las conversiones, también nosotros debemos tener esta actitud de bondad, como dice el Señor: “Venid, discutamos, no hay problema, el perdón existe”». Y «no la amenaza, desde el principio».

Al respecto el Papa confió haberse «quedado conmovido hace algunos días cuando un cardenal que confiesa varias veces a la semana, por la tarde aquí en el Santo Espíritu en Sassia —hace dos horas de confesión, cada día— me contó cómo es su actitud: “Cuando yo veo a una persona a la que le cuesta decir algo, que se ve que es grande, grande y yo entiendo inme-



diatamente qué es, digo: he entendido, he entendido, está bien, ¿otra cosa?»». Y este comportamiento, hizo presente Francisco, «abre el corazón y la otra persona se siente en paz y va adelante y continúa el diálogo».

Pero esto es también lo que hace «el Señor con nosotros: “Venid, discutamos, hablemos; toma el recibo del perdón, el perdón existe; ahora hablemos un poco para que tú no hagas otra chiquillada después”».

«A mí me ayuda ver este comportamiento del Señor: el padre con el hijo que se cree grande, que se cree crecido y todavía está a mitad de camino», añadió el Pontífice. Y «el Señor sabe que todos nosotros estamos a mitad de camino y tantas veces necesitamos esto, sentir esta palabra: “Ven, no te asustes, ven, el perdón existe”». Esto, concluyó, «nos alienta: ir al Señor con el corazón abierto, es el padre que nos espera».

La cruz «fue el primer altar cristiano»: lo recordó el Papa Francisco en la Audiencia general del miércoles, 28 de febrero, por la mañana. Durante el encuentro en el Aula Pablo VI el Pontífice continuó el ciclo de catequisis dedicadas a la misa. A continuación se dirigió a la basílica vaticana para saludar a los fieles que no habían encontrado sitio en el Aula.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Continuamos con la catequisis sobre la santa misa. En la liturgia de la Palabra —sobre la que me he detenido en las pasadas catequisis— sigue otra parte constitutiva de la misa, que es la liturgia eucarística. En ella, a través de los santos signos, la Iglesia hace continuamente presente el Sacrificio de la nueva alianza sellada por Jesús sobre el altar de la Cruz (cf. Concilio Vaticano II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, 47). Fue el primer altar cristiano, el de la Cruz, y cuando nosotros nos acercamos al altar para celebrar la misa, nuestra memoria va al altar de la Cruz, donde se hizo el primer sacrificio. El sacerdote, que en la misa representa a Cristo, cumple lo que el Señor mismo hizo y confió a los discípulos en la Última Cena: tomó el pan y el cáliz, dio gracias, los pasó a sus discípulos diciendo: «Tomad, comed... bebed: esto es mi cuerpo... este es el cáliz de mi sangre. Haced esto en memoria mía». Obediente al mandamiento de Jesús, la Iglesia ha dispuesto en la liturgia eucarística el momento que corresponde a las palabras y a los gestos cumplidos por Él en la vigilia de su Pasión. Así, en la preparación de los dones, son llevados al altar el pan y el vino, es decir los elementos que Cristo tomó en sus manos. En la Oración eucarística damos gracias a Dios por la obra de la redención y las ofrendas se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo. Siguen la fracción del Pan y la Comunión, mediante la cual revivimos la experiencia de los Apóstoles que recibieron los dones eucarísticos de las manos de Cristo mismo (cf. *Instrucción General del Misal Romano*, 72). Al primer gesto de Jesús: «tomó el pan y el cáliz del vino», corresponde por tanto la preparación de los dones. Es la primera parte de la Liturgia eucarística. Está bien que sean los fieles los que presenten el pan y el vino, porque estos representan la ofrenda espiritual de la Iglesia ahí recogida para la eucaristía. Es bonito que sean los propios fieles los que llevan al altar el pan y el vino. Aunque hoy «los fieles ya no traigan, de los suyos, el pan y el vino destinados para la liturgia, como se hacía antiguamente, sin embargo el rito de presentarlos conserva su fuerza y su significado espiritual» (*ibid.*, 73). Y al respecto es significativo que, al ordenar un nuevo presbítero, el obispo, cuando le entrega el pan y el vino dice: «Recibe las ofrendas del pueblo santo para el sacrificio eucarístico» (*Pontifical Romano - Ordenación de los obispos, de los presbíteros y de los diáconos*). ¡El Pueblo de Dios que lleva la ofrenda, el pan y el vino, la gran ofrenda para la misa! Por tan-



En la Audiencia general

## El primer altar fue la cruz

to, en los signos del pan y del vino el pueblo fiel pone la propia ofrenda en las manos del sacerdote, el cual la depone en el altar o mesa del Señor, «que es el centro de toda la Liturgia Eucarística» (*IGMR*, 73). Es decir, el centro de la misa es el altar, y el altar es Cristo; siempre es necesario mirar el altar que es el centro de la misa. En el «fruto de la tierra y del trabajo del hombre», se ofrece por tanto el compromiso de los fieles a hacer de sí mismos, obedientes a la divina Palabra, «sacrificio agradable a Dios, Padre todopoderoso», «por el bien de toda su santa Iglesia». Así «la vida de los fieles, su alabanza, su sufrimiento, su oración y su trabajo se unen a los de Cristo y a su total ofrenda, y adquieren así un valor nuevo» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 1368). Ciertamente, nuestra

ofrenda es poca cosa, pero Cristo necesita de este poco. Nos pide poco, el Señor, y nos da tanto. Nos pide poco. Nos pide, en la vida ordinaria, buena voluntad; nos pide corazón abierto; nos pide ganas de ser mejores para acogerle a Él que se ofrece a sí mismo a nosotros en la eucaristía; nos pide estas ofrendas simbólicas que después se convertirán en su cuerpo y su sangre. Una imagen de este movimiento oblativo de oración se representa en el incienso que, consumido en el fuego, libera un humo perfumado que sube hacia lo alto: incensar las ofrendas, como se hace en los días de fiesta, incensar la cruz, el altar, el sacerdote y el pueblo sacerdotal manifiesta visiblemente el vínculo del ofertorio que une todas estas realidades al sacrificio de Cristo (cf. *IGMR*, 75). Y no

olvidar: está el altar que es Cristo, pero siempre en referencia al primer altar que es la Cruz, y sobre el altar que es Cristo llevamos lo poco de nuestros dones, el pan y el vino que después se convertirán en el tanto: Jesús mismo que se da a nosotros. Y todo esto es cuanto expresa también la oración sobre las ofrendas. En ella el sacerdote pide a Dios aceptar los dones que la Iglesia les ofrece, invocando el fruto del admirable intercambio entre nuestra pobreza y su riqueza. En el pan y el vino le presentamos la ofrenda de nuestra vida, para que sea transformada por el Espíritu Santo en el sacrificio de Cristo y se convierta con Él en una sola ofrenda espiritual agradable al Padre. Mientras se concluye así la preparación de los dones, nos dispones a la Oración eucarística (cf. *ibid.*, 77). Que la espiritualidad del don de sí, que este momento de la misa nos enseña, pueda iluminar nuestras jornadas, las relaciones con los otros, las cosas que hacemos, los sufrimientos que encontramos, ayudándonos a construir la ciudad terrena a la luz del Evangelio.

*El Papa invitó a los fieles presentes en la Audiencia general a rezar por los cristianos de Oriente Medio «perseguidos y obligados a dejar su tierra». Lo hizo saludando a los grupos de lengua árabe. Saludó también a los fieles de lengua española.*

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los grupos provenientes de España y Latinoamérica.

En este tiempo de Cuaresma los animo a vivir profundamente la espiritualidad de la entrega que la Eucaristía nos enseña, de modo que la oración, el ayuno y la limosna de estos días, den frutos concretos de auténtica conversión del corazón. Muchas gracias.

